

Ed y Lorraine Warren  
Carmen Reed y Al Snedeker  
con Ray Garton

# En la oscuridad



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

### **Colección Estudios y Documentos**

EN LA OSCURIDAD

*Ed y Lorraine Warren*

1.ª edición: septiembre de 2020

Título original: *In the Dark*

Traducción: *Daniel Aldea*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

Prólogo: *Salvador Larroca*

© 1992, Ed y Lorraine Warren con Ray Garton, Carmen Reed y Al Snedeker

Edición publicada por acuerdo con Graymalkin Media LLC., USA

(Reservados todos los derechos)

© 2020, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-632-5

Depósito Legal: B-13.783-2020

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## ÍNDICE

<b>Agradecimientos</b> .....	9
<b>Prólogo.</b> Los Warren y el cine de terror.....	11
<b>Prefacio.</b> Posesión demoníaca.....	19
<b>Uno.</b> La mudanza.....	23
<b>Dos.</b> Lo que oyó Stephen.....	49
<b>Tres.</b> Adaptándose.....	59
<b>Cuatro.</b> Más voces.....	73
<b>Cinco.</b> Verano y otoño, primera parte.....	81
<b>Seis.</b> Durmiendo en el sótano.....	89
<b>Siete.</b> Más visitantes.....	101
<b>Ocho.</b> De vuelta a la escuela.....	113
<b>Nueve.</b> Pensamientos que quitan el sueño.....	119
<b>Diez.</b> Llegar a un acuerdo.....	127
<b>Once.</b> Cambios.....	139
<b>Doce.</b> Los fantasmas del regalo de Navidad.....	151
<b>Trece.</b> Empieza un nuevo año.....	165
<b>Catorce.</b> El invierno da paso a la primavera.....	179
<b>Quince.</b> Invitados en la casa.....	195
<b>Dieciséis.</b> Laura.....	203
<b>Diecisiete.</b> El invierno da paso a la primavera II.....	207
<b>Dieciocho.</b> Cazadores de fantasmas.....	215
<b>Diecinueve.</b> Se cierne la oscuridad.....	225
<b>Veinte.</b> Una bendición escéptica.....	243
<b>Veintiuno.</b> Ataques físicos.....	249
<b>Veintidós.</b> Una prisión sin rejas.....	257

<b>Veintitrés.</b> Empieza la investigación .....	275
<b>Veinticuatro.</b> Los investigadores.....	287
<b>Veinticinco.</b> Demonios bajo escrutinio.....	291
<b>Veintiséis.</b> Bajo el escrutinio de la Iglesia.....	309
<b>Veintisiete.</b> El padre Nolan.....	323
<b>Veintiocho.</b> El exorcismo.....	329
<b>Veintinueve.</b> Unos cuantos meses después .....	335
<b>Epílogo</b> .....	337

## PRÓLOGO

### LOS WARREN Y EL CINE DE TERROR

El género del terror es, posiblemente, uno de los más complicados de realizar con éxito, no por su dificultad técnica –que también–, sino porque es muy fácil que una mala ejecución de los clichés del género lo convierta, por una especie de transmutación no alquímica, en comedia o parodia.

Aunque la primera película considerada de este género fue *La mansión del diablo*, de 1896, dirigida e ideada por Georges Méliès, el terror, de alguna manera, ya estaba presente cuando se inventó el cine, o por lo menos estuvo presente desde sus albores, ya en 1896, cuando los hermanos Lumière presentaron su filmación *La llegada del tren*. Siendo la mayoría de los asistentes a la proyección desconocedores del cinematógrafo, creyeron que serían arrollados por el ferrocarril que llegaba a la estación, de manera que cundió el pánico entre ellos.

El terror paranormal, que es el que nos ocupa, es un subgénero que ha estado vigente –con intensidad variable, pero siempre despertando interés– desde los años sesenta y lo sigue estando.

En lo que a mí respecta, el terror y la fantasía son dos de los principales hilos conductores que he seguido toda mi vida. Como el gato que sigue el estambre hasta encontrar el ovillo, he hecho cosas y tomado decisiones que me han llevado desde sitios seguros a otros más inciertos

sólo por el placer de la aventura, sólo por el placer de hacer algo que alguno de mis ídolos fílmicos haría, aunque, *a priori*, diera miedo.

Aunque en el pódcast *Elena en el País de los Horrores* la nuestra sea otra forma de terror, mucho más realista y que tiene que ver con los vivos y no con los muertos, cuántas noches, por puro *hobby*, hemos pasado mi gran amiga Elena Merino y yo, linterna en ristre, junto a algún relevante investigador, intentando adivinar qué más hay en algún sitio, procurando obtener datos fehacientes con los que elaborar una opinión formada por la propia experiencia y no sólo asintiendo ante lo que nos cuenta en Internet el «magufo» de turno.

Me he relacionado con auténticos investigadores de varias disciplinas —algunos de los cuales son amigos—, entre ellas la paranormal, y siento decir que, pese a que la mayoría de las explicaciones a los asuntos sobrenaturales son interpretaciones erróneas (por lo general, muy tamizadas por las creencias propias del testigo) o sugerencias (el miedo hace ver y oír cosas, es cierto), hay otras muchas también —por qué no decirlo— que son directamente fraudes intencionados... Y escribo *intencionados* porque, además, hay fraudes inconscientes que perpetran los protagonistas convencidos de que lo que ven es real.

Muchas de las historias sobrenaturales consideradas indiscutibles son, por desgracia, fraudes. No obstante, esto pasa en otros terrenos también; hay demasiadas «verdades» asumidas como tales que la ciencia ya se ha encargado mil y una veces de aclarar y, aun así, se practican (¿quién no ha oído hablar de que colgarse un tapón de corcho de la oreja quita el dolor de muelas?). Otras simplemente se convierten en leyendas urbanas, de las que hay millones, más aún en su vertiente internauta, como las conocidas *creepypastas*, todo un género por sí mismo. Sin ir más lejos, el mito de Slenderman, nacido en un foro en la red. Hay quien se ha jorobado la vida por creer en estos mitos, gente que, incluso, ha matado por superstición.

El problema de contar las verdaderas razones por las cuales se crea un mito es que se puede desacreditar a algunas personas que viven del misterio. Incluso la prensa especializada tiene como cruz propia la recurrente falta de pruebas objetivas. Puede exponer los casos, pero rara vez explicarlos. No hablo de ilegitimidad, sino de que, en muchos casos, el tiempo transcurrido entre el suceso y su crónica no permite ha-

llar nuevas pruebas o explicaciones, más allá de lo que conste en las hemerotecas.

Por supuesto nunca faltarán los fans acérrimos, sin mayor información que la hallada en Internet, que las mantienen a capa y espada. Ni los que, por inercia, se topan de primeras con esas mismas historias en idénticos foros, clonadas una y otra vez, adornadas y presentadas como hechos irrefutables. Son colosos con los pies de barro, que no resisten un atisbo de sentido común ni el simple paso del tiempo, pero que permanecen incólumes pues de lo primero hay poco, y, de lo segundo, están protegidas mientras se viralicen en la red sin una mínima revisión.

Para mí, de existir algo preternatural debería ser, a la fuerza, sutil y, a veces, por desgracia, también interpretable. Los supuestos fenómenos paranormales no deberían poderse replicar en laboratorio. Pero, mal que nos pese, existe algo llamado leyes de la física que prevalece, aun a pesar de que algunas personas crean normal que los platos floten y salgan disparados o los cuchillos crucen habitaciones buscando una víctima terrenal que masacrar.

En el mundo real, de momento, ningún fantasma ha matado a un vivo (eso sólo lo hacen estos últimos entre ellos), pero en el cine podemos asumir licencias. Si, de entrada, aceptamos que los coches vuelan, que viajar por el tiempo es algo común y que podemos igualar y sobrepasar la velocidad de la luz (véase *Regreso al futuro*, *Terminator* o *La guerra de las galaxias*), todo estará bien. Eso mismo es aplicable al terror.

Lo tenue, lo apenas perceptible que en el mundo real nos aterrorizaría, en la pantalla de cine puede ser insulso y aburrido, y si se pasa de vueltas, directamente ridículo.

Yo soy un asiduo al cine. No es fácil que se me escape algún estreno que considere importante, de ésos a los que a uno todavía le ilusiona ver sentado ante la gran pantalla. Pero, además, paso incontables tardes frente a la pequeña pantalla, buscando por género en las varias cadenas por cable de las que dispongo.

Pasar esos largos ratos revisando la nutrida lista de películas de terror que estas plataformas ofrecen, intentando decidir o, mejor dicho, buscando la película que no existe, esa que quiero ver, pero no se ha

hecho aún, me resulta tedioso y prescindible. Se pasa más tiempo tratando de elegir qué película ver que viéndola en sí. Siempre confío en que una mano invisible guiará la mía en la elección acertada, pero ¡qué va! No valgo para la adivinación. He empezado —que no acabado— montones de films de serie B de muy dudosa calidad, siempre queriendo descubrir ese que me encantará y que nadie conoce. El mundo real no me recompensa a menudo.

Por eso, lo que ha hecho James Wan (Malasia, 1977) tiene mucho mérito. Ha creado una franquicia exitosa, un universo propio apuntalado sobre la figura de sus Mulder y Scully del misterio y ha logrado lo mismo que Disney o Marvel, pero con el terror, algo que la Hammer ha intentado y no ha conseguido, pese a haber filmado la excelente *La mujer de negro*: crear un universo propio.

*Los Vengadores* de Wan son Ed y Lorraine Warren, y sus *spin-off* una muñeca diabólica y una monja infernal. Ignoraré, de momento, otras sagas de terror, también protagonizadas por Patrick Wilson, como la de *Insidious*, donde no me cuadra mucho ver a una señora mayor (Lin Shaye) dando guantazos y patadas voladoras a espectros en el plano astral. De éstas, Wan sólo dirigió la primera, sin duda la mejor; en las demás, sólo ha ejercido como productor y guionista.

He de decir que, en mi modesta opinión, las que conforman el universo *Expediente Warren* son películas que saben manejar con maestría las herramientas que he mencionado con anterioridad: la colocación del crujido o de otra clase de sonidos inquietantes, la selección del plano, el uso de espejos (con las connotaciones mágicas que conllevan como ventanas al *otro lado*) y, por qué no, la elección del momento correcto para incluir una secuencia realmente efectista. Ese lenguaje propio del TERROR con mayúsculas aquí está presente y convierte estas películas en herederas de clásicos como *Poltergeist* o *El final de la escalera*, incluso la excelente *El exorcista*.

El desarrollo es muy parecido al de las películas de acción. Empezamos con un caso en el que se nos propone un villano que luego, más avanzado el metraje, cruzará su camino con Ed y Lorraine. En ese breve prólogo, ya nos hacemos a la idea de cuán poderoso es, de lo complicado que será manejarlo y, también importante, sabremos que habrá que pagar un precio.

Los fantasmas están controlados por algún demonio que se nos desvelará posteriormente y sólo la fe de nuestros protagonistas y el amor que se profesan harán que lo que *a priori* parece una tarea imposible, se torne una misión cumplida de la que surja una reliquia más para su propio museo de los horrores. ¡Me encanta!, aunque siempre me pregunto a quién se le ocurre guardar en su casa semejante colección de espantos, menos todavía creyendo en estos temas. Y, más aún, ¿qué padre en su sano juicio regalaría a su hija una muñeca tan monstruosa como la Annabelle de la peli?! Tampoco veo a la señora de la limpieza rompiendo la figurita esa fea de la estantería, en realidad relicario-cárcel de algún bicho muy maligno, que luego de ser liberado de su santa atadura, se merienda a todos los ocupantes de la casa...

Si lo pensamos bien, las historias que dan miedo se reducen a muy pocas variaciones: grupo de jóvenes que se meten ellos solos en algún sitio donde no es recomendable estar, gente que rompe alguna regla y paga un precio, una familia joven que compra una casa de ensueño misteriosamente barata, vacaciones juveniles en sitio con leyenda, asesino invencible y semiparanormal con tal sed de sangre que no deja a nadie con cabeza y que siempre acaba con la muerte incierta del malo, reservando la posibilidad de una futura secuela... Ya sabemos de quiénes hablo, ¿no? ¿Me oyes, Michael Myers?

En sus cintas, Wan nos presenta a los Warren como la herramienta extraoficial de la Iglesia, esa que mandan a los sitios donde la presencia eclesiástica no sería adecuada para su propia imagen, y ellos cumplen porque saben manejar a la perfección sus capacidades individuales. Lorraine aporta siempre información específica del más allá, esa que no está en los libros, gracias a sus sentidos mediúmnicos, y Ed cumple a las mil maravillas el papel de sagaz protector y conocedor del mundo de los demonios y espectros. Entre los dos se las apañan perfectamente para transmitir al espectador lo que a veces podría ser confuso. Son una especie de navaja suiza, que igual sirve para derrotar demonios que fantasmas, eso sí, derrotarlos del todo: matar a un malo ya muerto o que nunca vivió.

Siempre me ha llamado mucho la atención que, para vencer a un demonio, haya que pronunciar su nombre y, en la primera escena de *La monja*, Valak ya se lo diga a nuestros héroes. Malos, los demonios, lo

son, ¡y mucho!, pero listos... no tanto, para qué nos vamos a engañar. Pueden poseer, retorcer, maltratar e incluso hacer flotar nuestros cuerpos, pero si les enseñas la cruz, los mojas con agua bendita o mencionas su nombre de demonio, se acabó. ¡Qué bajón ser demonio! Quizá estaría bien contar la historia desde el punto de vista del demonio, donde el pobre, siguiendo las órdenes de su jefe, se ha de infiltrar en un cuerpo humano para probar los placeres carnales y así, de paso, cabrear a Dios....

Y entonces viene un enemigo invencible, vestido de negro con alzacuellos blanco, con un maletín repleto de armas de destrucción masiva de demonios, y así, sin más, lo elimina usando un libro, dos palitos cruzados y su nombre. Seguro que no sería un éxito en el infierno, ya os lo digo.

Como sea, la demonología es un tema interesante. Si nos preguntasen nombres de demonios, diríamos los recurrentes y ya famosos por la literatura, el cine, o los videojuegos, pero realmente hay tratados enteros sobre esta disciplina, donde se pueden encontrar sus castas y su estatus en el averno, cual ejercito militar de las tinieblas.

Pero ¿acaso sabemos qué son los demonios?, ¿son malos por irreverencia ante Dios o lo son sólo con los humanos?, ¿su única función es tentarnos y hacernos pecar o son un método de control desarrollado por la Iglesia ante el caos que supondría que no hubiese un castigo frente a una mala acción?

Los demonios no son un invento de ahora. Ya en los primeros escritos se mencionan y están presentes en las principales religiones con diferentes nombres (hablo de demonios en las principales religiones porque, en la del culto a Maradona, ese «cargo» recaerá, seguramente, en los hinchas del club contrario, por buena gente que sean).

Hay demonios mesopotámicos, judaicos, cristianos, sintoístas, etcétera. Hay demonios (a veces llamados genios) que sólo son portadores de malas noticias. Es curioso como el cine nos los retrata, desde los *djinn*, los daimones o los genios, hasta los demonios de la cultura judeocristiana, tal cual los conocemos.

En las tradiciones abrahámicas, la lucha contra el demonio se lleva a cabo a través de los exorcismos y hay incontables películas que tratan el tema, pese a que ya sea un argumento manido.

El proceso y los requisitos por los cuales un sacerdote es ordenado exorcista resulta muy curioso. A la Iglesia le cuesta reconocer las posesiones (la verdad es que tiene sentido), pero estando ya su negocio basado en un credo a lo invisible, estaría feo no atender las demandas de millones de creyentes en Dios que, por la ley del yin y el yang, creen también en el demonio como su antagonista, o que piensan que, en ausencia del bien, sólo puede quedar el mal. ¿Y cómo puede el Diablo molestar a Dios? Tentando y poseyendo a sus creaciones, ¡como si a él le importase!

Cuando el libro que estoy prologando vea la luz, se acabará de estrenar una nueva película de los Warren, esta vez, sobre la supuesta posesión de Arne Cheyenne Johnson, que afirmó haber cometido dos asesinatos porque un demonio le obligó a hacerlo. En las películas del universo Warren, ya ha sido establecido que Ed Warren, igual que pasaba en la vida real, cumple con los requisitos de la Iglesia y es el único laico con potestad para administrar el exorcismo. Por lo tanto, estoy convencido de que vamos a tener la oportunidad de volver a verle demostrando sus habilidades, como en la primera película.

El libro que nos ocupa, *En la oscuridad*, también tiene que ver con un caso de posesión demoníaca. Narra el conocido caso Snedeker, donde los Warren tuvieron una actuación determinante que quizá también será llevada al cine, imagino que adaptando la historia a las necesidades de la gran pantalla.

Como breve sinopsis, puedo contar, sin desvelar gran cosa, que trata sobre una familia que se muda al pueblo de Southington, donde podrán atender con mayor facilidad las necesidades hospitalarias de uno de sus hijos, enfermo de cáncer. Una vez allí, alquilan una casa que anteriormente había sido una morgue... Cómo llegan los Warren a verse involucrados en esta aventura es algo que el lector tendrá que descubrir por sí mismo.

—SALVADOR LARROCA

## **PREFACIO**

### **POSESIÓN DEMONÍACA**

El estudio de las posesiones demoníacas nunca ha sido, no lo es en la actualidad, ni muy probablemente lo *será* en el futuro, una disciplina científica.

Sin embargo, son muchas las personas que han dedicado su vida a este tipo de fenómenos, que han tratado de determinar el momento inicial en el que se produce la posesión para poder evitarlo.

Las posesiones se remontan a la época de Jesucristo, quien, según el Nuevo Testamento, expulsó a demonios de varias personas. En la actualidad, las posesiones se han convertido casi exclusivamente en un tema para las películas de terror de Hollywood. No obstante, muchas Iglesias y sectas cristianas siguen practicando el rito del exorcismo; entre éstas, la que más lo hace es la propia Iglesia Católica.

Existen dos tipos distintos de posesión. Por un lado, están las posesiones del cuerpo de una persona y, por el otro, las posesiones de un espacio físico, como una casa u otro tipo de edificación. Sin embargo, la opinión generalizada en el seno de la Iglesia Católica es que ambos tipos de posesión responden a un patrón similar.

La primera fase viene determinada por el momento en el que el demonio, o demonios, entra en el cuerpo de la persona, el edificio o vivienda infestada. Existen diversas teorías sobre las causas que provocan

esta primera fase de la posesión. En un caso de posesión demoníaca muy bien documentado, el demonio aseguró haber elegido a su víctima incluso antes de que ésta naciera. Algunos creen que incluso un interés pasajero en cuestiones paranormales puede convertirse en una invitación a la posesión. Otros, sin embargo, están convencidos de que seguirá siendo un misterio y que, hasta que no nos encontremos cara a cara con nuestro Creador, no descubriremos la verdad de primera mano.

A pesar de todo, hay algo en lo que todo el mundo coincide: la fase inicial de la posesión sólo se produce cuando la víctima, o la persona que reside en el edificio escogido, toma la decisión, por muy inconsciente o vaga que ésta sea, de permitirla.

En el caso de la familia Snedeker, por ejemplo, ellos no hicieron nada para provocar la posesión de su casa, sino que ésta se había iniciado mucho antes. Gracias a sus poderes de clarividencia, Lorraine percibió que algo terrible había sucedido en aquel lugar durante los años en los que la casa había sido una funeraria. Alguien había estado usando los cadáveres para satisfacer sus perversiones, y fueron los actos de necrofilia de esa persona los que abrieron la puerta de la posesión; la decisión de esa persona de entregarse a semejantes perversidades fue una invitación a que las fuerzas del mal entraran en la casa mucho antes de que los Snedeker se mudaran a ella.

Una vez que se ha producido la entrada inicial, la entidad responsable de la posesión se dedica a asediar al anfitrión o a los ocupantes de la vivienda. Y, habitualmente, su principal arma es el miedo. La entidad demoníaca no sólo se alimenta del miedo, sino que sabe que éste debilita a sus víctimas, lo que le allana el camino para hacerse con el control absoluto, que es la culminación de toda posesión.

En el caso de los Snedeker, las fuerzas presentes en la casa, decididas a tomar posesión también de los miembros de la familia, recurrieron al miedo para debilitarlos y tratar de enfrentarlos entre sí, mientras esperaban a la tercera etapa de la posesión. Debilitada y vulnerable, confundida y aterrorizada, la víctima siempre acaba llegando a un punto de inflexión en el que se entrega voluntariamente a las fuerzas de la oscuridad.

No puede celebrarse ningún exorcismo oficial sin una investigación seria que determine la autenticidad de la actividad demoníaca denun-

ciada. A veces, una persona con algún tipo de desorden psicológico o una adicción, o incluso toda una familia que está sufriendo una crisis doméstica, puede convertir varias coincidencias insignificantes en una serie de acontecimientos aterradores que la lleven a creer que la casa está infestada de demonios. A lo largo de la historia, las enfermedades mentales, tales como la esquizofrenia, el síndrome de Tourette, la enfermedad de Huntington, el párkinson e incluso la dislexia se han confundido con posesiones, por lo que, a pesar de los avances en el campo de la medicina, sigue siendo necesario que un sacerdote descarte este tipo de trastornos antes incluso de que se decida la idoneidad o no del exorcismo.

Un sacerdote con experiencia médica o psiquiátrica, incluso a veces con ambas, da comienzo a la investigación para tratar de descartar el resto de las posibilidades. A continuación, y sólo cuando las otras opciones han sido descartadas, prosigue su tarea, la cual consiste en tratar de determinar una posible presencia demoníaca. Una vez que ha podido demostrar de forma convincente la actividad sobrenatural, el sacerdote se pone en contacto con la Iglesia. Tras una exhaustiva revisión del caso y una vez que se concluye que éste es auténtico, se toma la decisión de llevar a cabo un exorcismo.

Según los testigos, aunque no hay dos exorcismos iguales, todos tienen dos cosas en común. La primera de ellas es algo que las personas que participan en uno, ya sea el exorcismo de una persona o de una vivienda, jamás pueden olvidar: la *presencia*.

Pese a ser invisible y etérea, todos los participantes la perciben tan claramente que se convierte en algo cuasi tangible. Se trata de una presencia que no es ni masculina ni femenina, ni humana ni animal, ni individual ni colectiva, pero que es perfectamente perceptible y, a medida que avanza el exorcismo, normalmente se hace cada vez más fuerte. Cuando decide comunicarse, a veces se refiere a sí misma como «yo» y, otras veces, como «nosotros». Se mueve alrededor de los presentes como una brisa helada, una corriente de aire nacida en lo más recóndito de la cueva más profunda de la tierra, hasta que termina el exorcismo y la entidad demoníaca es expulsada en el nombre de Dios.

Lo segundo que tienen en común todos los exorcismos es también lo que los convierte en tan amenazadores: el peligro.

Los participantes de un exorcismo se encuentran en peligro constante y deben estar preparados para oír los insultos más obscenos y ver las imágenes más aterradoras que probablemente oirán y verán en toda su vida. Deben parapetarse detrás de una sólida fe para poder soportar las terribles agresiones del mundo sobrenatural. A menos que se plantee una batalla total, los demonios se negarán a marcharse. Su arma principal, como siempre ha sido, es el miedo. Se alimentan de él y harán todo lo posible por provocarlo en los participantes del exorcismo que pretende expulsarlos.

No todos los intentos tienen éxito.

Los demonios esperan que alguien los invite a entrar, pero no siempre se marchan cuando se lo piden...

## UNO

### LA MUDANZA

—Mamá, hemos de irnos de esta casa. Aquí hay algo maligno.

Carmen Snedeker estaba fregando un plato en la cocina, con los antebrazos y las manos llenos de la espuma del jabón. El suelo a su alrededor estaba repleto de montones de papeles de periódico y cajas de cartón vacías. Willy, el hurón que hacía las veces de mascota de los Snedeker, jugaba entre ellos. Los platos que hacía poco habían estado envueltos en papel de periódico y guardados en cajas de cartón estaban ahora sobre la encimera situada a su derecha, manchados de tinta y del polvo del viaje.

Las voces risueñas de los niños resonaban en las paredes desnudas mientras entraban y salían corriendo de la casa y se familiarizaban con su nuevo hogar.

Carmen oyó cómo Al y el hermano de éste movían y arrastraban hasta el interior de la casa los muebles más pesados.

Stephen, su hijo de catorce años, había estado deambulando por la cocina detrás de ella, silencioso e inquieto, dando pataditas a las cajas y los papeles con la punta de las zapatillas como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera a hacerlo. Carmen había decidido que esperaría hasta que el chico estuviera listo para hablar.

—¿Qué has dicho, Stephen? —le preguntó Carmen mientras enjuagaba un plato.

—He dicho que aquí hay algo maligno, mamá, y que tenemos que irnos de esta casa —repitió él.

Tras dejar el plato en el escurridor que había a su izquierda, Carmen se dio la vuelta lentamente y con el ceño fruncido.

—¿Irnos? Pero si acabamos de llegar, cielo.

—Lo sé, pero tenemos que irnos ahora mismo.

—Pero ¿a dónde quieres que vayamos?

—Podemos volver a Nueva York, a nuestro apartamento. Hemos de hacerlo, mamá. Hay algo... —Se detuvo un instante y entornó un poco los ojos, como si estuviera seleccionando la siguiente palabra entre una lista de opciones. Entonces, dijo—: ... que no está bien. Hay algo en esta casa que no está bien.

Carmen frunció aún más el ceño mientras se enjuagaba la espuma de las manos y brazos y se los secaba con un trapo. Se dio la vuelta, se apoyó en el borde de la encimera, se cruzó de brazos y se quedó mirando a su hijo fijamente.

Estaba muy demacrado y pálido, por no hablar de aquellas ojeras tan oscuras y profundas. Pese a que, por supuesto, había intentado habituarse a los cambios físicos que estaba experimentando y hacía como si éstos fueran imperceptibles, cada vez que le miraba, se le encogía el corazón.

Era como si el tratamiento de cobalto que había estado recibiendo le hubiera absorbido casi toda la energía, convirtiéndolo en un delgado muñeco de porcelana que apenas guardaba semejanza con el niño que había sido antes.

El tratamiento también le había provocado un estrés importante y, en opinión de Carmen, era precisamente ese estrés el responsable de sus alegatos acerca de la casa. Tenía que ser eso. Su hijo no conocía la verdad sobre la casa. Sólo Carmen y su marido, Al, sabían la historia de aquella casa.

—¿Qué crees que le pasa a la casa, Stephen? —le preguntó en voz baja.

El niño arrugó su tersa frente y desvió la mirada un instante. A continuación, se encogió de hombros y dijo casi en un susurro:

—No... lo sé. Algo... malo. Es... —Sacudió bruscamente la cabeza en un gesto que denotaba agitación y frustración a partes iguales—:

...difícil de explicar. Pero es malo. Maligno. Y si no nos marchamos ahora... nos pasará algo malo. Algo muy malo.

—Cielo, las casas no son malignas. Sólo lo son las personas. El mal reside en sus corazones, en las cosas que a veces hacen y se dicen las unas a las otras. Pero esta casa..., bueno, es sólo una vieja casa. Si pudiera hablar, probablemente nos contaría grandes historias, quizá incluso alguna que otra historia de *terror*. Pero eso no es maligno. Simplemente es algo nuevo, eso es todo —agregó con una media sonrisa—. Con el tiempo acabarás acostumbrándote y te sentirás mejor, más cómodo. ¿Has visto ya tu habitación? Está en el sótano.

Stephen inclinó la cabeza para mirar el suelo y después asintió ligeramente. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz tan baja que Carmen no le entendió.

Carmen le levantó suavemente la barbilla con un dedo.

—¿Qué has dicho?

—Que ha sido allí donde me he sentido tan incómodo. Había algo... maligno, mamá. No quiero dormir allí abajo. Hay algo que no está... bien.

Carmen hizo un esfuerzo para que su expresión no la delatara. Volvió a decirse a sí misma que Stephen no sabía nada acerca de la casa ni de las cosas que habían pasado en ella.

Respiró hondo y parte de la tensión acumulada en su pecho se relajó.

—Pero ésa es tu habitación —dijo—. Siempre has querido una habitación para ti solo.

Stephen sacudió la cabeza.

—Pues no pienso dormir allí solo.

—Pero Michael no volverá de Alabama hasta dentro de unas semanas. ¿Dónde vas a dormir hasta entonces?

Stephen se encogió de hombros y se agachó para acariciar a Willy.

—Dormiré en el sofá. O quizá en el suelo del salón, no lo sé. —Empezó a sacudir la cabeza de nuevo, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta de la cocina esquivando y pasando por encima de las cajas vacías—. Pero no pienso dormir allí abajo solo.

Carmen se quedó de espaldas al fregadero, con los brazos cruzados y el trapo colgando de una mano. Le vio alejarse, después escuchó sus

pasos sobre el suelo de madera hasta que le perdió de vista, y entonces continuó escuchándolos hasta que dejó de oírlos.

Se dio la vuelta, cogió otro plato de la pila y comenzó a lavarlo al tiempo que dejaba escapar un suspiro lento y silencioso.



En poco tiempo, los Snedeker habían recorrido lo que les parecía un largo y tortuoso camino, un camino que había empezado en abril de 1986.

Al y Carmen se conocieron en 1977 en Plainville, Connecticut, en una bolera donde Carmen trabajaba de camarera. Al era un hombre bastante atractivo, con un bigote corto y bien recortado y cabello castaño oscuro. Medía algo más de un metro ochenta y tenía una complexión sólida y musculosa debido a los años de duro trabajo. Carmen, por otro lado, era menuda, con una sonrisa amplia y contagiosa y el cabello rubio ondulado. Aunque se sintieron atraídos al instante el uno por el otro, Carmen era una persona a la que le gustaba tomarse su tiempo cuando debía tomar alguna decisión importante en su vida.

Carmen era la mediana de cinco hermanos, hija de un sargento mayor de la Fuerza Aérea. Seis semanas después de su nacimiento en la Base Harris de la Fuerza Aérea, en Biloxi (Misisipi), Carmen, sus dos hermanas mayores y sus dos hermanos menores, se mudaron con sus padres a otra ciudad. Y después a otra y a otra más... y continuaron mudándose durante cinco años en función de los destinos de su padre, hasta que éste quedó discapacitado y recibió la baja del servicio activo. Entonces se mudaron a la ciudad natal de los padres de Carmen, Decatur, en Alabama. Sin embargo, y a pesar de su corta edad, aquellos años de constante desarraigo, de no establecerse jamás definitivamente en un lugar, de constantes traslados a un lugar nuevo y desconocido, condicionaron de algún modo el carácter de Carmen, convirtiéndola en una persona con un recelo instintivo por los cambios importantes en la vida, incluso por aquellos que son naturales.

Más tarde, ya en la edad adulta, Carmen se embarcó en un cambio vital drástico: el matrimonio. Con él llegaron dos cambios más: sus

hijos Stephen y Michael. No obstante, éstos fueron cambios positivos que la llenaron de felicidad, cambios que enriquecieron su vida en lugar de desestabilizarla. Y después llegó el peor cambio de todos: el divorcio. Carmen volvió a encontrarse en territorio desconocido, soltera y con dos hijos.

Carmen y los chicos se mudaron a Connecticut, a la casa de los padres de ésta. Allí, con un bajo nivel de estudios y nula experiencia laboral, Carmen se enfrentó a la dura tarea de encontrar trabajo y proporcionar a sus hijos una vida lo más estable posible.

Al, por su parte, había vivido toda su infancia y juventud con sus dos hermanos y sus tres hermanas en la misma casa de madera situada entre las poblaciones de Plainville y New Britain, ambas en Connecticut. Sin otros niños cerca aparte de su hermano y sus hermanas, Al se pasaba el día jugando con ellos en el bosque que rodeaba la casa, lo que hizo que se convirtiera en un amante de la naturaleza.

Al se casó en 1975, pero el matrimonio duró tan sólo diecinueve meses. Tras haber llevado una vida relativamente apacible, exceptuando, naturalmente, los habituales altibajos, reveses y decepciones a los que todos debemos enfrentarnos mientras crecemos, el amargo divorcio significó para él una terrible sacudida y pasó bastante tiempo antes de que decidiera volver a intentarlo con otra persona.

Entonces conoció a Carmen en la bolera donde ella trabajaba sirviendo cócteles y todo cambió. Se casaron en 1979 y se embarcaron juntos en una nueva vida llenos de esperanza.

En 1986 vivían en Hurleyville, Nueva York, en las montañas Catskill. En los meses de verano, los neoyorquinos llegaban a las Catskill para pasar las vacaciones. Los Snedeker nunca estuvieron muy seguros de por qué lo hacían, ya que los turistas de la gran manzana no parecían sentir demasiado interés por los hermosos y verdes paisajes ni por la vida silvestre típica de la zona.

Durante los meses estivales, en cualquier tienda o centro comercial, uno podía oír cómo se quejaban de los animales salvajes que merodeaban por la zona y de su tendencia a quedarse *impertérritos* en mitad de la carretera, lo que les impedía circular con normalidad con sus vehículos. El número de animales muertos en la carretera también aumentaba durante el verano.

En aquellos años, Al Snedeker trabajaba en una cantera de piedra y Carmen hacía de canguro de cuatro niños durante todo el día, lo que le permitía quedarse en casa y cuidar también a los suyos. Eran católicos devotos e iban a la iglesia todos los domingos. Carmen participaba en diversas actividades de la iglesia, a las que dedicaba una buena parte de su tiempo libre.

En abril de ese mismo año, Stephen empezó a verse afectado por una tos seca y persistente. Al fue el primero en darse cuenta y se preocupó. Pero Carmen, al estar todo el día con los niños, había sido testigo de todo tipo de combinaciones, desde tos, a dolor de garganta, erupciones cutáneas, secreción nasal y congestiones, por lo que estaba segura de que no tardaría en desaparecer.

Sin embargo, la tos persistía.

—Mamá, ¿qué tengo aquí? —le preguntó un día Stephen con el ceño fruncido mientras se presionaba la parte izquierda del cuello con la punta de los dedos.

Carmen le apartó los dedos con cuidado y le palpó la zona con los suyos. Justo debajo de la mandíbula encontró un bulto del tamaño de un guijarro.

«Hormonas —pensó al tiempo que una ligera preocupación se instalaba en su pecho—. Eso es todo, sólo es el despertar hormonal».

Stephen se apartó de ella al sufrir otro de sus ataques de tos ronca y seca. ¿La tos sonaba peor... o era sólo su imaginación?

«Podrían ser sólo las hormonas, pero...» pensó Carmen.

—Creo que pediré hora al doctor Elliott —dijo mientras apoyaba las manos en los hombros de su hijo y les daba un ligero apretón.

El doctor Bruce Elliott era cariñoso, agradable y siempre parecía estar de buen humor. Ningún niño de la familia Snedeker le tenía miedo. Confiaban en él, al igual que Al y Carmen. De modo que, cuando el doctor Elliott les dijo que le gustaría que Stephen pasara unos días en el hospital para hacerle varias pruebas, nadie encontró demasiadas razones para preocuparse.

Carmen llevó a Stephen al hospital a primera hora de la mañana del lunes siguiente. Le resultó un poco extraño tener que ingresarlo cuando el chico parecía estar perfectamente sano y alegre. Salvo por la tos. Y por el bulto.

Después del trámite del ingreso, Carmen pasó el resto de la mañana con él en el pabellón de pediatría, pero tuvo que volver a casa cuando sus hijos más pequeños salían de la escuela.

—Siento tener que irme, cielo —le dijo de pie junto a la cama.

Stephen se lo estaba pasando en grande con el control remoto de la cama, bajándola y subiéndola sin parar. Levantó la cabeza y la miró con una amplia sonrisa. Fue una sonrisa que sólo un *niño* puede esbozar, de esas que anuncian el deseo de nuevas experiencias, rebosante de un entusiasmo sincero.

—Tranquila, mamá —contestó—. Estaré bien.

Aquella misma noche, después de cenar, Al y Carmen fueron al hospital para visitar a Stephen. Camino de la habitación, vieron al doctor Elliott dirigiéndose hacia ellos por el pasillo. Le sonrieron, pero su reacción no fue precisamente entusiasta. Tenía los hombros un poco caídos y caminaba lentamente, con menos energía de la habitual. Les saludó con un simple movimiento de la cabeza.

—¿Cómo está Stephen? —preguntó Al con una sonrisa que amenazaba con desvanecerse en cualquier momento.

—Stephen está bien —repuso el doctor Elliott con un hilo de voz—. De lo que no estoy tan seguro es de los resultados de las pruebas.

Carmen respiró hondo y soltó el aire lentamente. A continuación, dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, por desgracia, no nos permiten sacar ninguna conclusión acerca del estado de Stephen. Por eso creo que vamos a tener que ir un paso más allá. Ya he hablado con el doctor Scordato. Es cirujano, uno muy bueno.

Al buscó la mano de Carmen y le dio un apretón.

—Está de acuerdo conmigo en que tenemos que hacer una biopsia. Si os parece bien, nos gustaría hacerla mañana mismo.

Al y Carmen cruzaron una mirada sombría y preocupada.

—Entonces —dijo Al con voz ronca—, eso significa..., hmmm..., que tanto tú como el cirujano queréis descubrir qué le ocurre realmente a Stephen, ¿verdad?

El doctor Elliott asintió y dijo en tono alentador:

—Exacto, eso es *exactamente* lo que queremos hacer.

Al y Carmen dieron su consentimiento a la biopsia, conversaron un poco más con el doctor Elliott en voz baja y con la boca seca y después fueron a la habitación de Stephen. No se dijeron ni media palabra; sólo se cogieron de la mano.

Stephen estaba sentado en la cama viendo la tele y masticando la punta de una pajita. Les sonrió cuando se acercaron a la cama. Aunque parecía un poco cansado, su aspecto parecía tan saludable como siempre.

«Entonces, ¿qué hace aquí?» se preguntó Carmen.

—¿Cómo has pasado el día en el hospital, chaval? —le preguntó Al mientras le daba una palmadita en la rodilla cubierta por la sábana.

Stephen se encogió de hombros.

—Supongo que bien. Salvo por los vampiros. —Stephen alargó el brazo para mostrarles la tirita que le habían puesto en la parte interior del codo después de extraerle sangre.

—Te traeremos un poco de ajo —dijo Carmen sonriendo—. Así podrás mantenerlos a raya.

—Todavía no sé qué me pasa —dijo Stephen frunciendo ligeramente el ceño—. Me encuentro bien. Lo único que me pone enfermo es tener que estar en la cama todo el día.

—El médico tampoco está seguro de lo que te pasa —Al le habló lentamente mientras acercaba una silla a la cama y se sentaba—. Por eso mañana quiere hacerte una biopsia.

Stephen abrió mucho los ojos.

—¿Una *biopsia*? ¿Van a abrirme de arriba abajo y sacarme las entrañas?

Al y Carmen se rieron.

—No, no —dijo Al—, eso es una *autopsia*, y sólo se la hacen a los cadáveres. No, simplemente te cortarán un trocito del bulto, para examinarlo.

El chico frunció el ceño.

—¿Me hará daño?

—No sentirás nada. Justo antes, vendrá una enfermera con un mazo enorme y te dará un golpe en la cabeza con él. Perderás el conocimiento al instante.

Stephen se rio y le arrojó la pajita a Al, el cual, al igual que Carmen, ocultó su preocupación detrás de una sonrisa.

El día siguiente, un martes, fue uno de los días más largos de su vida. Carmen y Al esperaron fuera del quirófano mientras oían cómo llamaban a los médicos por megafonía, los pasos de las enfermeras, amortiguados por la suela de goma de sus zapatos, recorriendo los pasillos arriba y abajo, y respirando el aire antiséptico y a medicamento del hospital mientras el tiempo avanzaba a la velocidad de la melaza deslizándose por una superficie plana, hasta que...

Las puertas dobles del quirófano se abrieron y el doctor Scordato, el cirujano de Stephen, salió apresuradamente. Miró hacia Al y Carmen, aunque éstos tuvieron la sensación de que en realidad no los veía, y siguió caminando con las manos en los bolsillos de su bata blanca.

Al y Carmen cruzaron una mirada de sorpresa, se levantaron al unísono y siguieron al médico apresuradamente. Al le llamó, pero no obtuvo respuesta. Carmen se adelantó a su marido, se acercó al cirujano y le agarró por el brazo. Sorprendido, el doctor Scordato se dio la vuelta.

—Nos gustaría saber cómo está nuestro hijo —le dijo Carmen.

El médico parpadeó varias veces y después dijo:

—Sí, claro... El doctor Elliott se pondrá en contacto con ustedes esta tarde. Creo que será mejor que hablen primero con él acerca de los resultados. Pueden ver a su hijo dentro de un par de horas, una vez que se haya recuperado —dicho esto, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, mezclándose con el resto de las batas, los uniformes y las paredes blancas.

Carmen y Al aún tendrían que esperar unas horas más, unas horas en las que los inquietos fantasmas de las preguntas sin respuesta los siguieron acechando. Durante el almuerzo, Carmen dijo en voz baja:

—No puede ser muy grave. Si lo fuera, nos habría dicho algo, ¿no crees?

—Sí —dijo Al—, seguro. —Entonces suspiró—. Eso espero.

Después del almuerzo, Carmen acompañó a Al a casa para que se quedara con sus otros hijos cuando éstos llegaran de la escuela y después fue a comprarle un regalo a Stephen. Cuando llegó al hospital, estaba profundamente dormido. Tenía el cuello vendado y un tubo delgado conectaba una botella de goteo situada sobre su cabeza con la parte interior de su codo. Carmen se sentó junto a la cama con la caja de Lego (un modelo avanzado, mucho más sofisticado y complejo que

los modelos pensados para los niños) que le había comprado en su regazo y le observó dormir mientras rezaba en silencio. El rosario producía un suave sonido a medida que sus dedos se movían por sus cuentas.

Stephen sólo había estado en otra ocasión en el hospital: el día que vino al mundo. Hasta entonces lo peor que le había pasado era coger un resfriado o la gripe, nada más. Y ahora *esto...* fuera lo que fuese. Mientras rezaba, volvió a oír en su cabeza lo que no hacía mucho le había dicho a Al: *no puede ser muy grave... no puede ser muy grave... muy grave...*

En algún momento de la noche, Stephen abrió los ojos el tiempo suficiente para esbozar una sonrisa. Carmen se levantó inmediatamente, dejó la caja sobre la silla y le susurró:

—¿Cómo te encuentras, cielo? —Stephen parpadeó varias veces—. ¿Stephen? Mira lo que te he traído. —Se dio la vuelta, cogió la caja de Lego, pero, cuando volvió a girarse, Stephen había vuelto a dormirse.

Una voz oficial anunció que las horas de visita habían terminado. Se inclinó para besar a su hijo en la mejilla y después se marchó, vacía y fría por dentro a pesar de que la tarde era cálida.

Cuando llegó a casa, Carmen vio a Al a través del gran ventanal de la parte frontal de la casa. Estaba sentado en su sillón reclinable, viendo la tele. La familiaridad de constatar que estaba haciendo lo que solía hacer todas las tardes a aquella hora la ayudó a calmarse un poco, hizo que se sintiera un poco más normal y que le entraran ganas de adentrarse en la comodidad y seguridad de su familia. Entró en la casa, dejó el bolso y fue hasta donde Al estaba sentado viendo la tele; tenía los ojos rojos e hinchados, y las mejillas brillantes por culpa de las lágrimas. Él la miró con unos labios tan apretados que los tenía pálidos y apartó la mirada, cerró los ojos y continuó llorando.

Carmen se quedó tan impresionada que no pudo hacer otra cosa que mirarlo. De repente, su mente y su corazón se embarcaron en una carrera vertiginosa. Al era un hombre muy reservado y parco en palabras. Sólo hablaba cuando tenía algo importante que decir y, excepto cuando se enfadaba de verdad, se guardaba las emociones en el pecho, como un jugador de póker esconde sus cartas en la mano. Algo debía de ir *muy* mal para que estuviera llorando abiertamente. Pero ¿qué po-

día ser? No podía ser por Stephen. Al fin y al cabo, ella acababa de llegar del hospital y Stephen estaba bien, ¡muy bien!

—¿Qué pasa, Al? —le preguntó con voz seca y ronca.

Al abrió la boca para responder, pero sólo pudo sollozar mientras se inclinaba hacia adelante y apoyaba el rostro en las manos de su mujer.

Carmen, con el corazón latiéndole en los oídos, se arrodilló junto al sillón y le puso una mano en el brazo.

—Al, por favor, ¿puedes decirme qué te pasa?

El teléfono empezó a sonar con gran estruendo y, cuando Carmen levantó el auricular, se dio cuenta de que le sudaban las palmas de las manos.

—¿Diga?

—Ah, Carmen, me alegra que ya estés en casa. He llam... ado varias veces, pero no estabas—. La voz era masculina y adulta, pero era evidente que la persona estaba llorando, embargado por una gran emoción—. Soy el doctor Elliott —dijo.

¿El doctor Elliott? Pero si estaba llorando. ¿Cuál podía ser el motivo?

«Porque —pensó— ha sido nuestro médico desde hace mucho tiempo, es nuestro amigo, además de un buen hombre, y está llorando porque algo va mal, terriblemente mal...».

Carmen trató de hablar, pero antes tuvo que aclararse la garganta. Entonces le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Lo siento mucho, Carmen —dijo el doctor Elliott después de respirar hondo—. El doctor Scordato me ha dicho que Stephen tiene cáncer por todo el cuello.

Aquella palabra fue como un taladro que se clavara en su estómago y le destrozara las entrañas. Era una palabra horrible, oscura y punzante, una palabra que tenía vida propia.

—Lo siento —dijo el doctor Elliott antes de aclararse la garganta—, pero..., bueno, vamos a hacer todo lo posible, de eso puedes estar segura. Aunque... no tiene buena pinta.

Carmen puso fin a la conversación abruptamente y, con la mano entumecida, dejó caer el auricular sobre el aparato. Cuando se dio la vuelta, Al seguía sentado en el sillón, mirándola con ojos llorosos.

Llamaron a las dos familias para darles la noticia y cada llamada fue peor que la anterior: voces que se rompían entre lágrimas y sollozos, apesadumbradas por la suerte del pobre Stephen, casi como si la llamada hubiera sido para anunciarles que estaba muerto.

Carmen dejó a su madre, Wanda Jean, para el final. Wanda Jean prácticamente había criado a Stephen y Michael mientras Carmen trabajaba, y Carmen sabía que su madre le proporcionaría el apoyo y la fuerza que necesitaba en aquellos momentos. Sin embargo, como le había ocurrido a todo el mundo antes, Wanda Jean se vino abajo.

Carmen se dio cuenta de que le temblaban las manos mientras oía llorar a su madre.

Unos minutos después, una vez que hubo colgado, se volvió hacia Al, quien durante la llamada había estado o bien sentado en el sillón o bien paseándose por el salón.

—¿Por qué todo el mundo reacciona igual? —dijo Carmen con voz ronca—. ¿Por qué todos actúan como si ya estuviera *muerto*?

—¿Quieres decir con eso de por qué todo el mundo reacciona igual? —repuso Al con un gruñido—. Tiene *cáncer*, Carmen. Todos estamos *cabreados*, ¡por eso reaccionamos así! Supongo que no todos podemos ser tan fuertes como tú. Supongo que no *todos* podemos ser como una de esas mujeres nobles y sufridas que siempre interpreta Meryl Streep. —Se sentó en el sillón.

—O sea, ¿me estás diciendo que voy a ser yo la única que tire del carro? Porque *alguien* tiene que hacerlo, de lo contrario, vamos a asustar a Stephen.

Al no respondió.

Carmen se sentó en silencio junto al teléfono mientras trataba de apartar el miedo de su mente. Los ojos le escocían de tanto llorar.

A la mañana siguiente, después de que los niños se marcharan a la escuela y de que Al llamara a su trabajo para avisar de que no iría, Carmen le dijo:

—Qué día más bonito para ir a pescar.

Al la miró sorprendido. Tenía ojeras, los ojos llorosos y el rostro demacrado.

—¿Lo dices en *serio*? —Al ver que ella no respondía, sacudió la cabeza lentamente—. No, tengo... que estar con Stephen.

Con la mayor delicadeza posible, Carmen posó una mano sobre la de él y le dijo:

—Entonces tendrás que recobrar la compostura. ¿Recuerdas lo que te dije anoche? Si te ve así, se asustará.

—Sí —asintió Al—, lo entiendo.

Más tarde, en el pasillo del hospital donde estaba la habitación de Stephen, Carmen vio cómo Al se armaba de valor. Se pasó una mano por la cara, como si quisiera deshacerse de la angustia evidente en su rostro. Entraron en la habitación sonriendo y se encontraron a Stephen hablando con el doctor Elliott.

—Llegáis justo a tiempo para acompañarle a la sala de rayos X —dijo el médico, y dos jóvenes enfermeras llegaron detrás de Al y Carmen con una silla de ruedas.

—Ha llegado la hora de quemar neumáticos —dijo una de ellas mientras Stephen bajaba de la cama y se subía a la silla.

—Estaremos aquí cuando vuelvas, ¿vale? —le aseguró Carmen.

—Chaval, con toda la atención que recibes aquí, no vas a querer volver a casa —dijo Al con una tímida sonrisa.

Mientras lo sacaban de la habitación, Stephen dijo:

—Y tanto que quiero volver.

En cuanto se quedaron solos, el doctor Elliott empezó a hablarles en voz baja del cáncer linfático y de los problemas que podían surgir. También les sugirió que no tardaran mucho en contárselo a Stephen. Mientras hablaba, el doctor Elliott no perdió de vista a Al, y se dio cuenta de cómo apretaba y aflojaba los puños, cómo le sudaba la frente, la inquietud y la forma en que giraba la cara cada vez que alguien lo miraba.

—No tienes buen aspecto, Al —le dijo el doctor Elliott.

Al se encogió de hombros y comenzó a pasearse por la habitación.

—Escucha, Al —le dijo el doctor—, ¿por qué no te sientas? Voy a pedirle a una enfermera que te tome la presión. —Una vez que Al se hubo sentado en una silla, el doctor Elliott se situó frente a él y le dijo en voz baja—: Vas a tener que calmarte, Al. Sé que la situación es difícil, pero si no te sobrepones, te pondrás enfermo y entonces no podrás ayudar a Stephen. ¿Lo entiendes?

Al asintió. Pero, a pesar de sus esfuerzos por relajarse, la ansiedad no le abandonó, susurrándole continuamente al oído todas las cosas

horribles que podían suceder, cosas como la muerte, un funeral, una lápida...

El jueves, Stephen recibió el alta del hospital para poder pasar el fin de semana en casa. El lunes debía ingresar en el Hospital John Dempsey, en Connecticut, donde le iban a realizar todo tipo de pruebas durante tres semanas. Carmen logró convencer a Al para que se pasara la mayor parte del fin de semana pescando. El sábado, ella y Stephen acompañaron a Al hasta el lago y lo dejaron allí.

—¿Mamá? —le preguntó Stephen durante el viaje de vuelta—. ¿Qué me pasa? Es decir..., ¿qué me pasa exactamente? Porque nadie me dice nada.

«Por favor, Señor, ayúdame a escoger las palabras adecuadas», rezó Carmen en silencio. Tras pensárselo unos momentos, le dijo:

—Tienes... una cosa que se llama enfermedad de Hodgkin. Bueno, de hecho..., es un cáncer linfático. Eso es lo que es.

Stephen asintió muy lentamente y, después, casi en un susurro, dijo:

—Cáncer. Suponía que era algo malo. —Continuó asintiendo lentamente—. Pero no me voy a morir.

—Por supuesto que no, chaval —dijo Carmen esforzándose por mantener la voz firme—, porque vamos a rezar mucho y a enfrentarnos a ello. Aunque... sabes que no va a ser fácil, ¿verdad?

—No voy a morir —dijo Stephen, esta vez en un susurro.

El lunes por la mañana, Al acompañó en coche a Carmen y Stephen al hospital de Connecticut. Como tenía que regresar a Hurleyville para ocuparse de sus otros hijos, se marchó nada más llegar. Al era perfectamente consciente de que no sería capaz de contenerse si la despedida se alargaba demasiado.

La sala de pediatría del John Dempsey era como cualquier otra: las paredes estaban decoradas con alegres personajes de dibujos animados y los dibujos que hacían los niños, móviles de todo tipo colgaban de los altos techos y, en lugar del blanco habitual de otros hospitales, la sala de pediatría estaba pintada con colores suaves y relajantes.

Sin embargo, todo aquello no sirvió de mucho. La sala seguía estando llena de niños enfermos. Incluso de niños moribundos. Y ahora el hijo de Carmen estaba entre ellos. Algo que no podían cambiar ni todos los colores alegres del mundo.

Las pruebas empezaron poco después de que Stephen fuese admitido en el hospital y se prolongaron interminablemente. Le hicieron análisis de sangre, radiografías y escáneres, e incluso un día se pasó siete horas en el quirófano. Después de eso, le hicieron aún más pruebas. El viejo dicho de que a veces el remedio es peor que la enfermedad adquirió un significado muy real para Stephen y Carmen.

Médicos y enfermeras pululaban alrededor de la cama de Stephen como abejas en una colmena. No obstante, a medida que Stephen estaba cada vez más pálido y frágil, a veces a Carmen le costaba no imaginarlos como buitres sobrevolando a su presa en lugar de un enjambre de abejas.

Como la familia de Al vivía en Connecticut, Carmen no estuvo completamente sola. Pasaba la noche en un motel cercano y siempre llamaba a Al en cuanto llegaba. Desde la última vez que lo había visto, había empezado a tener intensos dolores en el pecho y, aunque Carmen pensaba que Stephen había agotado toda su capacidad para preocuparse, cada vez estaba más inquieta por el estado de salud de su marido. No obstante, después de realizarle varias pruebas en el hospital, los médicos determinaron que los dolores en el pecho no eran graves, sólo síntomas de una extrema ansiedad.

Carmen comprendió que debían de hacer algunos cambios en casa para reducir la carga de responsabilidades que tenía Al, de modo que llamó a su madre. Aunque en aquel momento Wanda Jean estaba en Italia, no dudó ni un instante en coger el primer avión para hacerse cargo de los niños durante una temporada.

Al cabo de tres semanas, Stephen recibió el alta del hospital y pudo volver a Hurleyville, a su casa.

Estaba mucho más delgado y pálido y se movía con lentitud, como si estuviera permanentemente agotado. Era como si durante tres semanas hubiese estado conectado a un sifón que le hubiera absorbido lentamente la juventud. Por si eso no fuera poco, debía volver a Connecticut todos los días para recibir un tratamiento de cobalto. Su ya de por sí debilitado estado de salud empeoró considerablemente debido a la tensión del agotador tratamiento y a los viajes de 170 kilómetros diarios. De hecho, esa tensión acabó afectando a toda la familia.